

medio, y sobre ella un remate de dos globos, uno mayor y otro menor con una punta sobre el menor: llamaban á este cetno *Tlachiloni*, que quiere decir miradero, ó mirador, porque con él ocultaba la cara y miraba por el ahujero de enmedio de la chapa de oro.»

No se dieron cuenta los cronistas del objeto del *Tlachiloni*, y su explicación es sencilla. Durante el día, la luz del dios del fuego resplandecía con la brillantez del azul del firmamento: y por esto era el *Xiuhtecuhtli*, el señor azul; pero en la negra noche, á través del pequeño ahujero del *Tlachiloni*, pasaba la luz roja del fuego, y alumbraba á marte; y por esto ese astro era el dios del fuego nocturno, y se le aplicaban varias de las cualidades de la deidad creadora, pues con ella llegaba á confundirse por esta ficción. Pero como marte en su trayecto ocupa las cuatro partes del cielo, ó sea alguno de los cuatro cielos, para hacer más perceptible la ficción, inventaron los nahuas cuatro deidades con sus respectivos *Tlachiloni*, para que le comunicaran la luz y el fuego, las cuales á su vez con él se confunden.

Para el cielo del norte inventaron el *Ometecpatl*, de que ya hemos hablado. Tengo en mi colección un disco de oro que lo representa. Su figura es enteramente igual á la cara central de la Piedra llamada Calendario azteca ó Piedra del sol, que se encuentra en el centro del gran salón del Museo. Hasta ahora se había dicho que era imagen del sol, y que el signo que tiene sobre la frente era un *Ome Acatl*. No es *acatl*. Claramente se ve que es *tecpatl*. Si á esto agregamos que lleva la máscara de *Huehuetéotl*, y garras de águila como las deidades creadoras, nos convenceremos de que no es el sol, sino marte: lo cual tendrá necesariamente que cambiar la clasificación de tan importante antigüedad.

El dios correspondiente del cielo del este era *Omeacatl*. Figurábanlo en las pinturas jeroglíficas con su *Tlachiloni*: y en mi colección tengo una cabeza que lo representa, con su signo claramente grabado sobre la frente: y para significar más que es el planeta ígneo, está formado de piedra roja mercurial. La deidad correspondiente al cielo del sur era *Ometochtli*. Su sacerdote presidía á otros cuatrocientos llamados *Centzontotochin*, (1) alusivos á los cuatrocientos pedazos en que se dividió el *Tecpatl* cuando fueron formadas las estrellas. El cuarto dios era *Omeacatl* el cual tomaba el nombre de *Tezcatzoncatl*. Como el gran sacerdote *Ometochtli*, lo era especial de este dios, (2) se ve desde luego la sinonimia de ambas deidades, y por lo mismo no era el sol poniente, sino marte en ese cielo. El cilindro que lleva en las manos en el ejemplar de Tlaxcala, nos convence de que el de plata reproducido en la cromolitografía, (3) es un *Tlachiloni*, y por lo tanto un objeto del culto.

Es importante fijarnos en que los astros cronológicos tenían su residencia, digámoslo así, en la vía-láctea, pues vemos en ella, en la pintura del Códice Borgiano, los signos de marte y venus; sabemos que la luna residía en el *Tlalocan*; y en cuanto al sol, cuando desaparecía del horizonte iba á alumbrar á los muertos, es decir, al *Mictlan*, á la parte norte de la vía-láctea. Esto cambia todas las antiguas ideas. Cuando dejaba de verse alguno de los astros cronológicos, se iba á refugiarse en la vía-láctea: en los ramales venus y marte, al parecer en el mismo; en el otro tal vez la luna: y todas las noches el sol en la parte norte de la nebulosa, en el *Mictlan*; y por eso se decía que iba á alumbrar á los muertos. Así, al mismo tiempo que vamos corrigiendo antiguos errores, se va revelando la originalidad, y podemos decir la autonomía, de la

(1) Monarquía Indiana, tomo II, página 179.

(2) Ibid.

(3) Esta antigüedad está reproducida en su tamaño natural; y el estarlo solamente por uno de sus lados, impide el ver los finísimos grabados que tiene al rededor.

religión astronómica de los nahuas. Podríamos ampliar estas ideas, y buscar plena comprobación de ellas en las pinturas; pero nos limitamos á sujetarlas al estudio de personas más competentes que nosotros.

Réstanos hablar de los signos astronómicos de los cuatro astros cronológicos. Ya conocemos el de la vía-láctea, y á su semejanza inventaron los nahuas signos especiales para los cuatro astros. El de marte lo hemos visto ya en el Códice Borgiano, y está en el útero de la *Cuetzpalin* de Palemke y en el vientre del sapo del Museo: es un círculo que tiene cuatro puntos equidistantes en su circunferencia. Es muy parecido al jeroglífico de Chalco. El de venus es un círculo rodeado de glifos, de cuyo centro cae una especie de borla: está muy claro en la esfera de Palemke, de la cual más tarde nos ocuparemos, y en uno de los monolitos del Museo, que el Sr. Troncoso describe en las siguientes palabras: (1) « Piedra cónica de vértice trunco: tiene 26 centímetros de diámetro en la base y 25 de altura. Ofrece arriba y abajo dos cinturas cerca de las superficies planas, y en la superficie convexa tiene un elegante relieve que representa la piedra preciosa (*chalchihuitl*), rodeada de glifos, con cuatro círculos tangentes (como en el jeroglífico del día ó en el de Chalco), y además perforada y dejando salir por su centro un adorno pendiente que también remata por medio de glifos: le convendría, según esto, el nombre de *Chalchiuhxapo*, piedra preciosa perforada. » No es, sin embargo, otra cosa, sino el signo de venus, como se confirma en el cuadro superior derecho de la página 10 del Códice Borgiano. El signo del sol es el muy conocido *Nahuiollin*. En cuanto al de la luna dudo, porque á veces se encuentra el *Ollinemestli*, otras una olla con la hierba tripartita, ó una á manera de olla con un conejo; pero para mí era la misma media luna, según se ve en el *Xipe* de oro publicado, en una pequeña estela zapoteca de mi colección, y en varias pinturas jeroglíficas.

Por lo demás, los signos cronográficos de estas deidades astronómicas son respectivamente: *Tochtli*, *Acatl*, *Tecpatl* y *Calli*.

Baste lo dicho para comprender, aunque sea de una manera general, las ideas de los nahuas respecto de los dioses astronómicos, ideas ocultas en el sentido hierático de la escritura del Códice Borgiano. Y habiendo dicho cuanto hemos podido alcanzar, en este libro, pasemos á hablar en el segundo de la parte teogónica referente á los dioses creadores, y de la cronológica relacionada con las deidades astronómicas.

(1) Catálogo de la Exposición Mexicana en Madrid, tomo II, página 394.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Culto del fuego.—Otros nombres que le daban.—Culto en el nacimiento.—En el matrimonio.—En las enfermedades.—En la muerte.—*Tocenta*.—Las ceremonias *Tlatlacalitzli* y *Tlatoyalcualitzli*.—Ceremonias del pulque nuevo y de la casa nueva.—Sahumerios.—Culto de los mercaderes.—*Teunappa*—*Tlalxicteoticanahyotecatl*.—El dios de la prosperidad.—Dedicaciones.—Templos.—El *Quauhxicaco*.—*Tzonmolco*.—*Tzonmolcocalmecac*.—Fuego perpetuo.—El *Iscozauhquitzonmolcotenhua*.—Turificación del rey.—Vestidura del dios.—El templo del calpulli de *Tzonmolco*.—El *Temalacatl*.—El *Nappatecutliyteupan*.—Ubicación.—El templo del cerro de la Estrella, de *Iztapalapan*.

Para comprender la gran importancia del dios del fuego entre los mexicas, nada es tan á propósito como el estudio de su culto. Comenzaban por llamarlo Señor en grado superlativo: así á sus otros nombres, agregaban los de *Nahyotecuhlli* cuatro veces Señor, *Chiconahyotecuhlli* nueve veces Señor, y *Tetatzin* que quiere decir dios padre. (1)

El culto del fuego abarcaba los actos principales de la vida del hombre, y lo seguía desde su nacimiento hasta su muerte. En el nacimiento, las parteras invocaban al fuego, para que facilitase el parto. (2) Al acercarse éste, hacían junto al fuego una cama de paja y sobre ella colocaban las esteras, en donde tenía lugar el nacimiento. (3) La parida estaba allí junto al fuego cuatro días, sin mudarse ropa; y al cuarto día se celebraba la ceremonia llamada *Tlecuixtliliztli*, en la cual un viejo sacerdote, encargado expresamente de ello, hacía un sacrificio al fuego y pasaba á la criatura por el mismo fuego, pues tal cosa significa el nombre de esa ceremonia.

Durante los cuatro días no se sacaba brasa del fuego, por temor de que enfermasen de los ojos la criatura. Pero el cuarto día, después de pasarla por el fuego, la lavaban cuatro veces; y mientras esto se hacía, se mudaba de allí la parida y su lecho, y en el mismo lugar se ponía comida y bebida para dar de comer y de beber al fuego, echándole aquella y rociándolo con el pulque.

Otras veces, al cuarto día, uno de los viejos presentes, ó más si eran varios, sacaban del aposento á la criatura, poniendo sobre ella el fuego; y pasándoselo por encima daban cuatro vueltas, dos de un lado y dos de otro.

(1) Serna, Manual de Ministros de Indios, página 281.

(2) Ibid., página 284.

(3) Ibid., página 289.